

25 Años desde Cáritas

EDUARDO GARCÍA BERENGUER

Presidente de la Comisión de Trabajo número 5

Hace 25 años era poco más que un muchacho abrumado por la responsabilidad de una tarea para la que no había tenido ninguna preparación previa y que debía ir descubriendo cada día la experiencia que no había recibido de la Universidad, pero también profundamente agradecido por el privilegio de mi participación en el Sínodo que completó mi forma de comprender la Iglesia, de la misma manera que mi incorporación a Cáritas me había abierto poco antes la puerta a una nueva dimensión de mi compromiso cristiano: ambas experiencias han marcado mi vida para siempre.

Cuando conocí Cáritas era una gran empresa con una amplia organización que gestionaba centros escolares, guarderías, un colegio de sordomudos, un patronato de viviendas sociales, una central lechera..., pero con muy poca organización en las parroquias de la diócesis y nula representación en los servicios centrales de Cáritas Española, como descubrí poco después.

Existían en aquella época los G.A.S. o grupos de acción social constituidos de forma autónoma sin apenas coordinación y cuya integración como grupos de caritas parroquiales solo podía ser posible con esperanza, constancia, diálogo y paciencia. De la misma forma el sencillo equipo de apenas cinco o seis personas y un presupuesto muy escaso que se nutría de las colectas llevadas a cabo en la calle un día al año con mesas petitorias y huchas, tuvo que ir superando, a base de mucha humildad, el rechazo de muchos párrocos, que nos veían como intrusos. Esa forma de obtención de recursos, fue suprimida por entender que la misión de Cáritas no era fundamentalmente recaudatoria y la obtención de fondos para su funcionamiento debía ser labor de todos por sentido de corresponsabi-

lidad y toma de conciencia de las diferencias sociales existentes en nuestra sociedad.

Coexistían en nuestra diócesis dos formas diferentes de entender la forma de ejercer la ayuda a los más necesitados y esta dualidad, debido a la importancia de las diecisiete obras y a la fuerte personalidad de su gestor, concluyó en la separación de dos ramas de Cáritas: las obras y los servicios. Era evidente para muchos de nosotros que esta dualidad no daba la imagen que la Iglesia debía dar, pero comprendimos que cualquier otra solución habría resultado impropio en aquellos momentos.

El título de la Comisión número cinco del Sínodo que me honró presidir es precioso: *“La Iglesia diocesana vive el amor a los más necesitados y se organiza para ello”*.

Con esa misión se puso en marcha el Sínodo, cuya asombrosa participación, compromiso colectivo, intenso trabajo y respeto ya han sido destacados por otros miembros de la mesa en esta celebración. Aun a riesgo de repetirlo si quiero destacar la extraordinaria y difícil labor de síntesis llevada a cabo para “cribar” los miles de propuestas recibidas y llegar a concretar aquellas que finalmente se sometieron a debate en las diferentes comisiones de trabajo. Un dato a destacar de la realidad de Cáritas en los comienzos del trabajo de los sinodales es el escaso nivel y número de aportaciones recibidas (39) el más reducido de todos los grupos, que al final, como prueba de la dedicación de sus miembros, del alto nivel de respeto y la intensidad de sus sesiones y salvando todas las diferencias de concepto internas, se tradujeron en el mayor número de aportaciones (162) de todas las elevadas a la mesa.

Soy testigo privilegiado de la importante labor de síntesis y respeto demostrado por sus miembros al valorar nuestras propuestas, ninguna de las cuales fue desoída, sino analizadas, debatidas o refundidas. Gracias al trabajo de todos y al esfuerzo realizado todas las propuestas finales fueron aprobadas y ninguna rechazada en votación.

Las Constituciones Sinodales aportaron a Cáritas, no solo por el incondicional apoyo recibido en todo momento del Obispado, sino también debido a la entrega de sus miembros, dos valores trascendentales para la vida de la diócesis y para la dimensión caritativa de la Iglesia Diocesana: el primero la renovación de Cáritas como “realidad imparable” y su plena integración en el Consejo Nacional; el segundo y aun más importante, la superación del “asistencialismo” como forma de ejercer ese servicio de atención a los necesitados, buscando su

promoción personal, la defensa de su dignidad como personas y su integración social.

Por último, y tratando de ser fiel al esquema de trabajo de esta sesión, he intentado analizar los aspectos pendientes de afrontar, pero considero humildemente que ese trabajo no me corresponde. Se han producido en estos años tres renovaciones en la dirección de Cáritas y poco a poco he ido distanciándome de su estructura organizativa, hasta el punto de no poder valorar adecuadamente sus programas, sus prioridades y el alcance de su labor. Podría ser misión de los Arciprestazgos y las Parroquias revisar, actualizar y programar en consecuencia, no solo cuanto concierne al ejercicio de la labor social de la Iglesia desde Cáritas, sino también del resto de las ramas de la Pastoral desde las constituciones sinodales.

Mis únicas propuestas de carácter personal son que, en consonancia con los mensajes del Papa Francisco, trabajemos por recuperar en la Iglesia la imagen de Jesús de Nazaret, como nuestro modelo de actuación y por no perder el ES-PIRITU que hizo posible la celebración esplendorosa del Sínodo y su realidad hasta hoy.